

“velar á las almas sencillas y á los niños, verda-
 “des ocultas á los pedantes infatuados de su ra-
 “zon:”¹ yo espero resolverlas de la manera mas
 inteligible y mas perentoria para todos los que
 entre vosotros quieren escucharme con atencion.
 Comencemos.

¡La religion nos dice acaso que necesitaba ab-
 solutamente la sangre, y sangre divina, el Padre
 celestial para abrir su corazon á la misericordia?
 No. Porque su misericordia es eterna como él, y
 la historia del mundo antiguo nos ha probado que
 nuestros pecados no la habian agotado.

ENTRETENIMIENTO DOCE.

*Necesidad de la leccion del Calvario. Inmensidad de sus
 resultados.*

Las dificultades propuestas por Mr. el Mayre,
 son estas: ¿Para qué la espantosa carniceria del
 Calvario? ¿Era necesaria para determinar á Dios
 á perdonar á los hombres, ó para obtener de Sa-
 tanás que cediera de sus derechos sobre los peca-
 dores? ¿La divina Omnipotencia no tenia un me-
 dio mas eficaz y mas pronto, para destruir á los
 falsos dioses y sus ídolos, que despues de diez y
 ocho siglos del sacrificio de la cruz, reinan toda-
 via sobre algo mas de la mitad del género hu-
 mano?

Estas cuestiones, amigos míos, son todo lo que
 hay de mas elevado en la filosofia cristiana; pero
 gracias al divino Maestro que se ha dignado “re-

“velar á las almas sencillas y á los niños, verda-
 “des ocultas á los pedantes infatuados de su ra-
 “zon:”¹ yo espero resolverlas de la manera mas
 inteligible y mas perentoria para todos los que
 entre vosotros quieren escucharme con atencion.
 Comencemos.

¡La religion nos dice acaso que necesitaba ab-
 solutamente la sangre, y sangre divina, el Padre
 celestial para abrir su corazon á la misericordia?
 No. Porque su misericordia es eterna como él, y
 la historia del mundo antiguo nos ha probado que
 nuestros pecados no la habian agotado.

¿La religion nos dice que era necesaria la san-
 gre divina para que Satanás cediera el derecho
 que tenia sobre las almas? No. Porque si hubiera
 sido necesario tratar con el padre de los trapase-
 ros y los pillos, no le habria faltado arbitrio para
 retener y guardar sus prisioneros. Pero la reli-
 gion, la filosofia cristiana, la historia, el conoci-
 miento del hombre, nuestra conciencia y en lo
 general el buen sentido, nos dicen, nos demues-
 tran que nada menos se necesitaba que el espan-
 toso martirio del hombre-Dios, para despertar
 nuestras almas sumidas en el fango, y determinar-
 nos á salir del desórden y del mal que nos hace
 enemigos de Dios y esclavos de Satanás.

Recordad, mis amigos, estos dos principios del
¹ S. Mateo, cap. 11, v. 25.

catecismo católico: primero, Dios que nos ha creado sin nosotros, no nos salva sin nosotros: segundo, Satanás nos propone el mal, pero no nos lo impone, y él no pierde sino á los que quieren perderse. ¿Qué se sigue de esto? Que para salvarnos Jesucristo, no tenia que vencer ni la dureza del Padre celestial, ni el poder de Satanás; pero que él debia obrar sobre nosotros y "determinarnos á renunciar á Satanás y á sus pompas y á sus obras," llevando una vida nueva, digna de nuestra calidad de hijos de Dios y herederos del reino de los cielos.

¿Cómo, pues, el Hijo de Dios podia determinar á los judíos y paganos á entrar en esta vida nueva? ¿Era solamente por la predicacion acompañada de los milagros? No. La predicacion y los milagros, prodigados por el espacio de cuarenta siglos, no habian impedido á los hombres caer, como se dice, de la fiebre en el delirio. Por el espacio de tres años, el Salvador empleó estos dos medios con un brillo incomparable. "Jamás hombre alguno ha hablado como él," exclamaba en todas partes la multitud tan apasionada por sus discursos, que se olvidaba hasta de la necesidad de comer. Los milagros eran tan multiplicados y tan brillantes, que no habia mas que una voz en el pueblo para decir: "Jamás un profeta ha hecho tan grandes cosas." "Él es el Mesías prometido á nuestros padres, él es el Cristo."

¿Cuál fué para Jesucristo el fruto de tantos trabajos y beneficios de una popularidad sin igual? El abandono de sus mas adictos discípulos en el dia de la prueba, y este grito del pueblo: "Dadnos libre á Barrabás y crucificad á Jesus."

¿Habria el Salvador logrado mejor su intento juntando á la palabra y á los beneficios el poder de los castigos? ¿Pensais vosotros, mis amigos, que algunos golpes de rayo sobre la cabeza de sus enemigos y contradictores habrian atraído y abierto los entendimientos y los corazones á las luces y á las virtudes del Evangelio? No, evidentemente no, sus enemigos y contradictores se habrian hecho mas cautelosos, y esto habria sido todo.

Los castigos, vosotros lo sabeis, no habian faltado desde Adam hasta Jesucristo, el espectáculo que ofrecia por todas partes el mundo de una sociedad de monstruos adorando todos los vicios y devorando como á porfia las diez y nueve veintenas del género humano, ¿no era este espectáculo el mas espantoso castigo? Sin embargo, ¿quién pensaba en enmendarse? Nadie; los grandes y los sabios del paganismo juzgaban que todo iba á mejor. Los desgraciados esclavos, no teniendo idea de un órden mejor, permanecian pacíficos en su embrutecimiento. En la Judea, donde era conocido el verdadero Dios y esclusivamente adorado de las clases mas influentes, los escribas y fariseos habian corrompido por sus usos y tradiciones la

pureza de la ley divina como se los reprochaba el Salvador. Sepulcros blanqueados por fuera, llenos de corrupcion en el interior, estos hipócritas adornaban sus casas, sus gorros y sus vestidos con sentencias de la Escritura santa, y su corazon era el santuario de un orgullo, un egoismo satánicos, de una envidia y de una avaricia desenfrenadas.

Comprendamos bien esto: para que el castigo sea saludable, y aparte del mal al pecador, es preciso que el pecador tenga conocimiento del mal, y para que el pecador conozca el mal es preciso hacerle conocer el bien: porque el mal no es mas que una oposicion al bien, luego para conocer el bien es indispensable conocer á Dios, bien eterno, inmutable, fuente única de toda vida y de todo bien.

Padres y madres, cómo haceis para inclinar á vuestros hijos al bien y apartarlos del mal? Les decís vosotros: haced esto porque así lo manda Dios; si le obedecis os bendecirá en esta vida, y os recibirá un dia en el paraíso de su gloria: evitad esto porque Dios lo prohíbe, y cuidado si lo haceis.

Bien, amigos míos: tal era la leccion, que era preciso dar á la universalidad de los hombres: ellos habian perdido la ciencia del bien y del mal, y esta ciencia de las ciencias, no podia enseñárseles sino por la leccion, para siempre formidable y siempre consoladora del Calvario. Allí solamente

brilla esta verdad de las verdades, fuera de la cual no hay salvacion, ni para los individuos ni para los pueblos. Dios, infinitamente bueno, de tal suerte ha amado á los hombres, aun cuando ellos eran malos, que les ha enviado á su Hijo único para enseñarles su ley y ayudarles á librarse del mal; mas por lo mismo que es infinitamente bueno, él tiene un horror infinito al mal y á los que se obstinan en el amor del mal que él ha prohibido, y este horror á la iniquidad es tan grande, que habiéndose dignado su Hijo muy amado cargarse de nuestras prevaricaciones, él ha debido ser tratado como un gusanillo de la tierra.

Tal era, amigos míos, el mandamiento, la orden arreglada desde el principio en el consejo de la caridad y santidad infinitas, y que debia cumplir el Hijo de Dios. Tal era el bautismo sangriento, como él mismo lo llamó, por el que debia purificar las almas inspirándoles el horror del mal, tal era la ceremonia de su coronacion como Rey y Gefes de la humanidad regeneradora, él no podia ser reconocido y obedecido si no colocándose sobre el trono de la cruz, como él mismo lo decia á los judíos: "Cuando hubiereis elevado al Hijo del hombre, entonces conoceréis que yo soy el enviado de Dios." "Cuando yo fuere elevado de la tierra, atraeré á todos los hombres á mí;" y recelando que esto se entendiera de su ascen-

sion al cielo, el evangelista S. Juan nos dice, que él hablaba del género de su muerte ¹.

Que este haya sido el medio mas eficaz para triunfar de la obstinada corrupcion de los hombres, los hechos lo prueban. La cruz teñida con sangre divina recorrió en menos de medio siglo el imperio romano, y pasó mas allá de sus límites, y á las costumbres mas abominables suceden las virtudes divinas: en todas partes á la aparicion de la cruz, la mujer se eleva y levanta consigo á la familia: la vida del infante, la del esclavo, vienen á ser sagradas. S. Pablo, tomando á un esclavo fugitivo y ladron para hacer de él un obispo ², abolió la esclavitud en el espíritu de los cristianos, que despues sin escrúpulo, confian las mas altas dignidades del sacerdocio á los que los paganos llamaban una segunda especie de hombres. Se han visto grandes señores arrodillarse á los pies de sus esclavos y decirles: "Benedicidme, Padre mio, y ayudadme á hacer mis paces con Dios." Griegos, romanos, judíos y cualesquiera clase de bárbaros, que todos se aborrecian y se devoraban entre si, se tienen por hermanos, oran los unos por los otros, se envian apóstoles y socorros y materiales del uno al otro extremo del mundo, y conocen la

¹ S. Juan, cap. 8º, v. 28, y cap. 12, v. 32 y 33.

² S. Enésimo, que es el asunto de la admirable carta de S. Pablo á Filemon.

necesidad de entregar, de sacrificar su vida por hombres á quienes jamas han visto.

Al libre pancista que se burla de los milagros de los apóstoles, ó que repite el verso tan absurdo como impío de Voltaire: "Al mundo Dios lo visitó, pero no lo mudó," le diré yo: Tú que no crees en los milagros de los apóstoles, porque no los has visto, sea en buena hora; pero me pareceis hombres cuya razon está toda en los ojos, y que serian bestias si hubieran nacido ciegos; pero he aquí un milagro que debeis ver, á menos de que no seais un perfecto ignorante de la historia.

¿Quién cultivaba la Europa y ejercia todos los oficios mecánicos hace mil y ochocientos años? Ciento cincuenta millones de esclavos embrutecidos y entregados en cuerpo y alma á la discrecion de menos de diez millones de ciudadanos. En lugar de estos innobles rebaños, ¿qué se ve ahora? Doscientos millones de hombres libres, la mayor parte grandes ó pequeños propietarios, todos dueños de su persona y de su trabajo, todos bastante instruidos en la filosofia religiosa, por la que el niño del campo sabe mas de Dios, del hombre y del mundo, que lo que supieron los mas grandes genios del paganismo: todos bastante grandes ante la justicia para que ninguno pueda ser privado de sus bienes, de su libertad, de la vida; sino es en virtud de juicio legal.

Recorred nuestras grandes ciudades, sobre to-

do la que despues de haber sido la capital del mundo pagano, ha venido á ser el centro del mundo cristiano. Ved, todavía está en pié el inmenso anfiteatro del coliseo edificado por los emperadores Vespasiano y Tito. ¿Qué veis ahora? Los pontífices, los príncipes, los hombres del pueblo, los paisanos, los pobres sirvientes, los limosneros, orando juntos al pié de la cruz, colocada en el mismo lugar donde, bajo los emperadores menos inhumanos, los leones, los tigres, las panteras, despedaban diariamente millares de nuestros semejantes, para divertir á cien mil ciudadanos y ciudadanas.

¿Qué son estos inmensos y suntuosos edificios, que vosotros veis por todas partes levantados en lugar de anfiteatros y circos construidos por la ferocidad romana? Son hospitales, hospicios, hoteles de Dios, donde la caridad cristiana recoge y cuida con veneracion á estos mismos pobres y desgraciados, que los magistrados y grandes del paganismo amontonaban sobre bajeles viejos para echarlos á pique ó arrojarlos en una isla desierta. Y estas mujeres, sentadas noche y dia á la cabecera de tantos enfermos asquerosos y repugnantes, y que les prestan con gozo servicios que ofenden nuestra delicadeza, ¿qué son? Son las hijas de la caridad, salidas las unas de un palacio, las otras de una choza, en virtud de estas palabras: "Amaos los unos á los otros, como yo mis-

mo os he amado, dando mi vida por el último de vosotros."

Estos europeos, aprendiendo del Evangelio á amarse y sacrificarse los unos por los otros, como antes habian aprendido de la naturaleza á detestarse y devorarse los unos á los otros, ved aquí, le diré yo al libre pancista, el milagro siempre subsistente de Cristo y sus apóstoles; y si este charlatan me responde: yo nada veo, no veo mas que el progreso natural del espíritu humano, le diría yo: buen hombre, id, pues, á estudiar el progreso natural del espíritu humano entre los tártaros, los chinos, los del Indostan y los negros del Africa.

Sí, amigos míos; yo os lo repito, no habria mas que la lección formidable y soberanamente tierna del calvario, que fuera capaz de revolucionar al mundo antiguo y arrancarlo al culto de los vicios mas degradantes y mas inhumanos.

Sin duda, Dios dió á la palabra de las apóstoles un poder sobre las almas, cual no habia dado en el mismo grado á la palabra de los antiguos profetas; mas para que esta palabra convirtiera á los hombres, era entonces preciso, como lo es ahora y lo será siempre que los hombres lo quisieran, y lo quisieran resueltamente. ¿Qué es, pues, lo que determinó á los paganos á romper con el culto inmemorial de los falsos dioses, y con sus costumbres soberanamente disolutas? Era la fé de un Dios crucificado, y crucificado por nuestras

iniquidades, era la meditacion de estas palabras del Salvador á las mujeres de Jerusalem que lloraban por su suerte: "No lloréis por mí, llorad sobre vosotros y sobre vuestros hijos, porque si esto se hace con el leño verde, ¿qué se hará con el leño seco?"¹ ¿Qué es lo que inspiraba á los neófitos la fuerza para derramar generosamente su sangre por Jesucristo? Era la sangre de Jesucristo que el sacerdote ó el diácono iban á llevarle hasta en su prision.

Y bien, hoy es lo mismo. ¿Quién es el hombre joven que no teniendo todavía mas que suero en las venas, se determina á vivir en el trabajo, la sobriedad, la castidad y la práctica de todas las virtudes cristianas? Es solamente aquel que nutre su fé en un Dios crucificado, y va frecuentemente á los lugares donde recibe la palabra y el pan de vida. ¿De dónde viene que nuestra juventud ya tomando de nuevo las costumbres paganas? De que deserta de las iglesias por la taberna, el café, el club: ella no escucha ya al Dios de caridad, no come su carne; y hé aquí la razon por qué ella escucha con gusto á los malvados que le predicán el odio á los ricos y la necesidad de devorarlos.

Y esto que vemos en los individuos, lo vemos tambien en las familias y en los grandes pueblos. ¿Cuál es la nacion idólatra y bárbara, que renun-

¹ S. Lucas, cap. 23, versos 28 y 31.

cia á sus supersticiones absurdas y á sus costumbres feroces? Es la nacion en la que nuestros intrépidos misioneros van á plantar la cruz y á predicar al Dios muerto por la salud de todos. Que una armada de profesores, de artistas, de oficinistas, de artesanos, educados y enviados por el Estado, vayan á llevar nuestras ciencias, nuestras artes y todo el aparato de nuestra civilizaci6n, menos el catecismo, á un pueblo embrutecido, y que en seguida se nos venga á decir que ellos han hecho un pueblo civilizado, dulce y humano; lo creeré yo tanto como si se me dijera, que el Monte blanco se habia desnudado, desde la cumbre hasta el pié, de su manto de hielo, y que ya no era mas que una floresta cubierta de higueras y de naranjos.

Vosotros veis ya, amigos míos, que la regeneraci6n moral y libre de los hombres, hace indispensable el formidable sacrificio de un Dios Salvador: nosotros veremos luego en el entretenimiento siguiente, por qué el efecto de este grande sacrificio, no ha sido tan pronto ni tan universal, como hubiera podido ser, segun el sentir de Mr. el Mayre.